

FENOMENOLOGÍA RENOVADA. MARC Y RICARDO EN COIMBRA

RENEWED PHENOMENOLOGY. MARC Y RICARDO IN COIMBRA

PELAYO PÉREZ GARCÍA¹

Abstract: There are authors, such as Gustavo Bueno or Marc Richir, to mention those truly extraordinary who inevitably link us to Ricardo Sanchez Ortiz de Urbina, in which the constructive philosophical requirements force us to discover a “plane of consistency” and to walk through a philosophical path with such a strength that our questions, our suspicions, even our hopes, are accommodated and find a kind of exact geometry of its location. On this occasion I would like to show in what way Richir inevitably link us to Urbina by that same path. The pretext of this presentation will be the visits to Coimbra of Marc Richir and Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina.

Keywords: Richir; Urbina; Phenomenology.

Resumen: Hay autores, como Gustavo Bueno o Marc Richir, por citar aquellos verdaderamente extraordinarios que nos vinculan ineluctablemente a Ricardo, en los cuales la exigencia constructiva nos obliga a descubrir un “plano de consistencia” para así recorrer el edificio en el que nos invitaban a entrar con toda una promesa, con una estructura tal que, en cada estancia, nuestras preguntas, nuestras sospechas, incluso nuestras esperanzas, iban acomodándose, encontrando la figura, la geometría exacta de su ubicación. En esta ocasión intentaremos presentar aquella vinculación a pretexto de las visitas a Coimbra de Marc Richir e Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina.

Palabras clave: Richir; Urbina; Fenomenología.

Resumo: Há autores, como Gustavo Bueno ou Marc Richir, para citar aqueles verdadeiramente extraordinários que inevitavelmente nos ligam a Ricardo, nos quais a exigência construtiva nos obriga a descobrir um “plano de consistência” para percorrer o edifício para o qual nos convidam. Nesse edifício entramos sempre com a promessa de uma estrutura na qual as nossas dúvidas, até as nossas esperanças, podem encontrar uma figura e a geometria exata do respetivo contexto. O pretexto desta apresentação será tomado das visitas a Coimbra de Marc Richir e Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina.

Palavras-chave: Richir; Urbina; Fenomenologia.

¹ Diretor de *Eikesía – Revista de Filosofia* (<https://www.revistadefilosofia.org/>). Email: pelagarc@gmail.com.

1. Presentación

En Marzo del 2020, pocos días antes del confinamiento a causa de la pandemia que aún soportamos, nos encontramos de nuevo en la Universidad de Coimbra, en donde, por invitación del profesor Luis António Umbelino, Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina acudió para impartir unas lecciones magistrales sobre su concepción de la fenomenología renovada que ya había iniciado Marc Richir y a la que Urbina, con el término “materialismo fenomenológico”, imprime un carácter particular y en algunos puntos crítico con la arquitectónica richiriana, a la que llega a considerar como un *fenomenalismo*. Ambos los dos estuvieran en Coimbra para presentar su trabajo.

Un mes después de este encuentro, Ricardo cumplía 90 años y no pudimos celebrarlo presencialmente, motivo por el cual organicé un número especial en la revista *Eikasía* como merecido homenaje a este filósofo que, entre muchas otras cosas, contribuyó a la fundación de esta revista de filosofía que tengo el honor de dirigir.

2. Marc en Coimbra

En la introducción de su magistral libro, *Phénoménologie en esquisses*, Marc Richir dedica una amplia y demoledora sección crítica a la filosofía actual, (postheideggeriana, postmoderna y deconstruccionista...) y se sitúa, por contraste, en una situación que se sabe “cuasi-silenciada” por el ruido de estas formas dominantes que todavía hoy nos envuelven, productos de esa “miseria de lo simbólico” de la que hablaba, por esas mismas fechas, Bernard Stiegler, pero de modo menos profundo y sin acercarse a la raíz del problema. Heidegger era especialmente considerado en unas brillantes páginas de esta introducción, precisamente por quien había, años antes, atravesado esa magistral enredadera metafísica y de la que, dicho sea de paso, ninguno de nosotros salimos de ella como entramos. Los nombres de Derrida, de Lacan y otros, arriban a estas páginas tan necesarias como inquietantes. Pues tras su lectura, cabe interrogarse acerca del presente de la filosofía, es decir de su capacidad interrogativa, de su posibilidad misma de superar esta multitud de discursos aparentes, dislocados, envolventes, que caen no ya en la ideología de “la” ciencia, sino en sus reducciones sociológicas, naturalistas, cuando no meramente narcisistas, académicas, autoreferenciales, etc..

Sin “sujeto”, pero también sin “objeto”, este libro de Richir nos preparaba para entrar en el nuevo milenio dejando a un lado las muletas donde el ser humano parecía haber desaparecido, englutido por los simulacros del “ser” y sus múltiples “decires”.

¿Qué hacer, entonces? ¿Qué pensar? ¿Y cómo retomar las interrogaciones fundamentales, “originarias”? Nuestra finitud pareciera encallada en una mala infinitud de discursos, de formas y maneras de acallar el silencio abisal de nuestra propia constitución. ¿Es acaso la obra, ya extensa, de Richir una de esas posibilidades inesperadas? Su exigente recorrido, su rigor, el temple de sus frases anonadantes que atraviesan las virutas a las que reduce el bosque para llevarnos al espacio abierto que deja ver un horizonte sin referencias, sin orientación aparente, el de la propia desnudez de nuestra mirada, de una mirada que no puede “fijarse” en nada, en nadie, no es una interpelación a la “locura”, a la dislocación y el descentramiento hasta entonces mantenido, aunque a duras penas, por las seducciones de un “simulacro ontológico” que parecía colmar las exigencias de nuestras conciencias huérfanas...

¿Qué hay, en definitiva, en la obra de este autor que concita tantos rechazos cuantas atracciones desmedidas? Será acaso que, más allá de sus demolidoras críticas, de su vuelta a Husserl, para releerlo desde el idealismo alemán que también conoce, desde esa travesía heideggeriana a la que aludimos, del paso por las ciencias, el psicoanálisis o la política, su trayectoria, si podemos mantener este vocablo insidioso, ha ido configurando una pasión, sí, realmente una pasión, que se deja sentir, leer, *oir*, incluso diría que “tocar”, en un cuerpo a cuerpo con la raíz mismísima de lo humano, es decir, la *afectividad*...raíz arborescente, tentacular, irisada, ondulante, en tanto pulsación, resonancia y actante que tiene en la “fenomenalización” del fenómeno su raíz cuadrada, su enigma...¿Es ahí donde quienes se acercan, quienes nos acercamos por unas u otras razones, incluso por azar, a la obra de Marc Richir, atisban el pálpito, la “poética del mundo” percutiendo tras de las palabras, las frases, las construcciones conceptuales, ideales, filosóficas de su titánica prueba de fuerza con el discurso académico al que se enfrenta desde el discurso académico mismo?

Hay quienes en su juventud han visto un libro de Richir en una librería y, sin saber muy bien porqué, lo compran y se enfrentan a sus páginas desmesuradas sin otro bagaje que su impulso y, seguramente, su necesidad. Durante años, y en confesión propia, se debate hasta la desesperación con ese libro hasta lograr así adentrarse en la obra del autor, domesticando sus impulsos, sus propias debilidades, fortaleciéndose con semejante “gigantomaquia”. O también quien por azar, una tarde cualquiera, paseando por París, lee el anuncio de una conferencia que atrae su atención, pero cuyo autor, un tal Marc Richir, le resulta absolutamente desconocido. Y esa persona, inteligente, curiosa, entra y escucha. Es de suponer su sorpresa, pero al mismo tiempo, su inquieta seducción por el autor y su palabra. En ambos casos, los años posteriores no mermaron su curiosidad, su pasión por una obra con la que se encontraron “de golpe”. Pues es ese “golpe” lo que desvió sus trayectorias, sus hábitos.

En nuestro caso, perteneciendo a un grupo filosófico implantado, estudiando y ejercitando un sistema filosófico cuyo autor, aún vivo, nos mantenía centrados en sus investigaciones y fértiles resultados, el encuentro con Richir vino de la mano del primer discípulo de este anciano maestro, pero que por aquel entonces, digamos que en la misma encrucijada en la que se situaba *Phénoménologie en esquisses*, Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, que así se llama el mentado discípulo de Gustavo Bueno, “maître à penser” de nosotros, los pertenecientes a la llamada “escuela de Oviedo”, había abierto hacía años un nuevo camino, desde su tesis sobre Husserl, pasando por sus lecturas de Merleau-Ponty, al conocimiento exhaustivo ya entonces de la obra de Marc Richir y que hacía unos años venía dando a conocer en la Universidad de Valladolid en donde era catedrático.

En ese cambio de siglo, el recorrido de la filosofía de Bueno parecía agotarse en polémicas nada filosóficas y a manos de discípulos que no hacían sino reificar su filosofía mediante la aplicación maquínica, sorda y ciega, de la misma. El sujeto, la cuestión de la subjetividad, parecía subsumido por la maquinaria operatoria que tal filosofía había puesto en pie, pese a los logros aún vigentes y poderosos de su “filosofía de la ciencia” o ese gran estudio que parecía culminar su labor inmensa, llamado “El animal divino”. Ese “*Gestell*” filosófico parecía iba a terminar con todo lo logrado hasta entonces, centrado el discurso por un Ego transcendental de corte materialista, lo cual pareciera un oxímoron en sí mismo, pero que sigue ejerciendo de “cierre” de un sistema que ha dejado fuera, es decir al socaire de la psicología, la cuestión misma del sujeto, de la subjetividad y donde pareciera que la afectividad, incluso la que tomaba carta de naturaleza con la muy bella y original lectura de Espinosa, lo humano, en definitiva, quedaba reducido a las operaciones de múltiples sujetos, de pequeños egos que un “espíritu” de la historia pareciera ordenar, dirigir, dándoles sentido desde la verticalidad de su trascendencia inhumana...

Y ahí, el descentramiento, la ampliación de nuestra filosofía, su enriquecimiento, la hondura de su misma comprensión, vino de la mano de Urbina que nos diera a conocer la refundición de una nueva fenomenología, la de Marc Richir, al cual desde entonces hemos dedicado nuestros esfuerzos. Fue en un congreso sobre el cuerpo, en el año 2004 y en Murcia, donde Sánchez Urbina nos habló de Richir y de Maldiney, pero solo hasta unos años después, en un seminario en Oviedo sobre la propia concepción de Urbina de la nueva fenomenología, de su tectónica, pudimos comenzar a atisbar la “arquitectónica fenomenológica” de Marc Richir. En ese seminario, y durante quince días, en Mayo del año 2009, pudimos pulsar los conceptos, los accesos, la problemática radical de ambas concepciones, que no se oponían, sino, al contrario, convergían en lo fundamental. Uno de los asistentes, atento, cuestionador, de ágil verbo y, sin embargo, prudente, resultó ser un discípulo

de Richir y habitual asistente a sus seminarios parisinos o los llevados a cabo en el sur de Francia, donde este reside desde hace décadas, durante el verano. Se trataba de Pablo Posada Varela, con el que mantuvimos conversaciones de sobremesa, de paseos por las calles de Oviedo y que nos dejó ver el compromiso y el rigor de sus propias investigaciones. Pero además, fue Pablo quien nos puso en contacto personal con Marc Richir, al cual conocimos al verano siguiente, embarcándonos en una nueva etapa afectiva pero también impulsiva de nuestra propia búsqueda, de compromisos posteriores, cuyo punto álgido fue la venida a Oviedo, y a su Universidad, del propio Marc Richir, en Octubre del año 2010, para impartir una serie de conferencias que abrieron el camino en español de su fenomenología, diría que definitivamente.

A partir de entonces, los encuentros con el grupo de Richir en Francia, las traducciones, debidas en gran medida a Pablo Posada, su impulso y compromiso con la revista *Eikasía* que un grupo de amigos, entre ellos Sánchez Urbina, y yo mismo como su actual director, hemos abierto un espacio donde Richir, Sacha Carlson, Alexander Schnell, Robert Alexander, Tetsuo Sawada, Florian Forestier, Ivan Galan, Guy van Kerckhoven, Joëlle Mesnil, Thomas Maurice o el propio Pablo Posada, y otros amigos [la lista es demasiado extensa para citarlos a todos] han contribuido y contribuyen a difundir la nueva fenomenología, tanto de Richir como la muy personal mirada de Sánchez Urbina, que publicó en nuestra editorial, en colaboración con la editorial *Brumaria*, su muy importante texto, *Estromatología*, así como abundantes artículos y contribuciones que han ahondado en esta línea de trabajo y reflexión.

Este impulso y este compromiso que hemos adquirido en el último decenio nos llevó el pasado año hasta Coimbra, donde el profesor Luis António Umbelino, que organizó un encuentro en la Facultad de Filosofía de su hermosa ciudad, con el propio Marc Richir, nos acogió con una generosidad inmerecida. Allí, un restringido grupo tuvo la ocasión, una vez más, de ahondar en la ardua andadura que un Richir indismayable continúa trazando. Y de allí trajimos un recuerdo y un nuevo vínculo amistoso y cómplice imborrable, al cual queremos desde estas líneas dar su merecido cumplimiento. En este sentido, y respondiendo a una petición del profesor Umbelino, hemos escrito estas líneas que quieren dar cuenta de nuestro encuentro con la obra y la persona de Marc Richir, cuya amistad se confunde en nosotros con la pulsión misma de su enseñanza, pues no entendemos como la enseñanza pueda desvincularse de la amistad, al contrario, hoy sabemos que ambas son la raíz de la misma fuente originaria, de su brote y su derrame.

Cuando termino de escribir estas líneas de un encuentro determinante con el hombre, con el autor de una obra inmensa e inaudita, no puedo dejar de señalar la muy reciente estancia en Oviedo, y en la Facultad misma donde hace casi cinco años Richir nos hablara, de uno de sus discípulos más desta-

cados, amigo y colaborador ya habitual de nuestra revista Eikasía, se trata de Sacha Carlson, que fue testigo del seminario de tres días llevado a cabo por Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina sobre el horizonte que su *Estromatología* abre ante nosotros de cara a una posible epistemología fenomenológica. La estancia de Sacha Carlson no es una anécdota personal, o no solamente, sino la constatación de los vínculos que nuestro encuentro con Marc Richir nos ha deparado, la constatación de una necesidad de superar tanta “tierra baldía” y de como la filosofía verdadera, finalmente, encuentra caminos, modos, personas y lugares donde continuar su labor incesante, luminosa.

3. Ricardo en Coimbra

Hay en los textos, en las palabras vividas, de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, una inaudita facultad de ensoñación, de hacer *soñar*. No es menos cierto que, al leer o escuchar a Ricardo, conviene estar muy despierto, pues es esta la condición de posibilidad de aquella. El *sueño* habita el inconsciente, incluso el sueño despierto, meditabundo. Hay autores, como Gustavo Bueno o el propio Marc Richir, por citar aquellos verdaderamente extraordinarios que nos vinculan ineluctablemente a Ricardo, en los cuales la exigencia constructiva nos obliga a descubrir ese “plano de consistencia” que mentaba Deleuze, para así recorrer el edificio en el que nos invitaban a entrar con toda una promesa, con una estructura tal que, en cada estancia, nuestras preguntas, nuestras sospechas, incluso nuestras esperanzas, iban acomodándose, encontrando la figura, la geometría exacta de su ubicación... Pero Ricardo, que ya los habría “deconstruido”, aunque no a la manera de Derrida, precisamente por ello nos invitaba a *soñar*.

En este sentido, que en su *Estromatología* encontremos una persuasiva interpretación de *El Castillo* de Kafka, alegoría que nos hará “ver” el *sueño* fenomenológico por excelencia, es toda una declaración de intenciones.

Cierto es que también hay quienes al leer a Ricardo han creído que su discurso no es sino una especie de delirio, una pesadilla. Pero es el espíritu de la pesantez lo que los mueve, un espíritu calculador, estéril por circular, incapaz de soñar, de la audacia que todo *sueño* exige. Sin esta capacidad de ensoñación es imposible entender nada, aún menos a un filósofo verdadero como es el caso. De ahí que abunden los filósofos “académicos”, los comentaristas, los roedores de citas, fechas, interpretaciones. Requiebros filológicos carentes de virtualidad, de metafóricidad, del impulso que excede los límites de lo previsto. Estos autores nos duermen, en el mejor de los casos, pero no nos hacen soñar. Es una de las desgracias de nuestro tiempo reticular, en el que hasta los sueños están digitalizados.

Ricardo es, además o acaso por ello mismo, un artista genuino, consumado, de la madera, la piedra, el sonido, la palabra. Y es por ello, no hay más que leer atenta, pausadamente sus textos, un poeta. Un poeta de la intencionalidad diría yo. No es casual que haya traducido a Safo o Arquíloco, ni que Celan surja a menudo en sus conversaciones, en sus lecturas habituales. De donde que la diferencia entre “arte” y “estética”, adquiera una dimensión “intensional” que desborda la propia matriz técnica, “estratigráfica” donde se insertan, se diferencian y ordenan. Ahí, al señalar las diferencias, Ricardo nos deja ver la tensión afectiva, el momento sublime que va de la una a la otra...

Los textos de Ricardo, al fin, son piezas contrapuntísticas, con al menos dos o tres voces: reconocemos en ellas, claro está, a Husserl, pero también toda la estructura que Gustavo Bueno expuso desde sus “ensayos materialistas” hasta la partitura incompleta de la “Teoría del Cierre categorial”. El contrapunto surge con la escansión que Merleau-Ponty deja ver en la arquitectónica richiriana, ahí donde aparece, en lo invisible, en ese “inconsciente fenomenológico” donde habitan los *sueños*, “le sens se faisant”.

El “sentido haciéndose” es el inaudito sonido de un silencio que abre caminos transposibles, rutas que alcanzarán su visibilidad, su transpasibilidad, y su escucha, su habla. A diferencia de Leroi-Gourhan que tenía en la exosomatización la causa de la hominización, Ricardo nos muestra al “animal intencional”, sin el cual no hay externalización posible, pues esta no se da, no se completa, sin que se nos abra ese campo de sueños, ahí donde las cosas serán vividas, imaginadas, sentidas y donde el fenómeno hará su aparición... es ahí donde el exceso de sí lleva al “animal intencional” hacia su devenir humano

El territorio que rotura el pensamiento de Ortiz de Urbina es el que se abre paso a través del denso bosque que recubre la realidad de las cosas. Para ello ha tenido que desligarse de su clasicismo inicial, de su vínculo con la filosofía clásica, aquella que, en cierto modo, hacia bascular al propio Husserl hacia posiciones idealistas, enfrentándose él mismo y su fenomenología, a aporías y distorsiones de imposible superación. Pero lo cierto es que el camino y el impulso estaban ahí, abriendo surcos hacia un más acá del psicologismo naturalista...

La nueva fenomenología, que es una filosofía postclásica, se cimenta sobre este legado husserliano, remontando críticamente sus escollos: la primacía eidética, el ego trascendental, la cuestión del tiempo y del “ahora”, etc... No hay, a su vez, opciones para las especulaciones teologizantes, a la manera de Michel Henry o Marion, pero tampoco para las “narrativas” hermenéuticas de Ricoeur o la frondosidad de Levinas, aunque todos ellos contribuyan a esta renovación, que tendrá en Marc Richir su *maître à penser*, y donde Ricardo lo será entre nosotros, en la “fenomenología del sur”.

Los años transcurridos entre la tesis de 1976 sobre la “idea de la verdad en Husserl” y sus primeros escritos que ya recogen esta renovación, que lo deslindan de aquella, en la década de los años 90 del pasado siglo, son los años de su “travesía del desierto”, pero lo son de intenso trabajo, de traducciones, de seminarios de estética, de recapitulaciones y asimilación que lo situarán en esa vanguardia que irá cobrando cuerpo y voz.

Soñar puede resultar equívoco cuando nos referimos a un fenomenólogo, máxime cuando califica su fenomenología como “materialismo fenomenológico”. Pero es que “soñar” no es sinónimo de especular, de fantasear, de elucubrar, al contrario. El *sueño* que induce la palabra ricardiana es el sueño despierto, concentrado, lúcido, en el cual “las cosas mismas” aparecen en su (com)parencia. Y somos nosotros mismos los ahí convocados. Egos operatorios que, mediante esta peculiar ensoñación, discurrimos hacia territorios en-sí-mismáticos. Es el transcurrir de la subjetividad, su trenzado, su urdimbre, y su trama. “Urdimbre y necesidad” se titulaba un libro leído en mi juventud. Lo escribió el psiquiatra Rof Carballo que intentó instaurar la medicina psicósomática en nuestro país. Hoy lo recuerdo al rememorar la trayectoria de Sanchez Ortiz de Urbina, un filósofo que nos enseña esa urdimbre necesaria de nuestro ser-en-el-mundo. Del sueño por excelencia de este animal intencional, la ensoñación que nos convierte en humanos... esa ensoñación que tiene en el “psiquismo, un grano de locura”, como señala Levinas, y del que, como nos dice Ricardo, el inconsciente fenomenológico nos protege.

Se habrá comprendido que estas son unas palabras dictadas por la amistad. No es menos cierto que, aún siendo de parte, lo son también de reconocimiento. En realidad, no podemos ser amigos si no es de aquellos en los que nos reconocemos, aquellos que por eso nos hacen mejores: la amistad es, ella sí, “la narrativa del ipse”, como la mismidad del relato en todas sus variantes, sus rostros diversos, sus anécdotas, incluso sus variaciones y contingencias. Justamente, porque no somos idénticos podemos amarnos como iguales. La amistad es el sueño por excelencia: el sueño del otro que soy.

Cuando me encuentro con Ricardo, con su persona, con su palabra, con sus escritos o también con su silencio, me encuentro con aquel que no soy, pero me hubiera encantado ser, con otro que yo, diferente, mejor, admirable, pero que me alcanza ahí donde mi propia humanidad se reconoce en la suya, ahí donde aún abrigamos esperanzas, asombros, oasis en medio de este “desierto que crece” con toda esa in-humanidad que nos cerca e intenta reducir a meros impulsos ciegos, alfanuméricos, “sombras de un sueño”, espejismo de este desierto donde algo cree ver a alguien.

De esta “miseria simbólica” donde hasta la filosofía y el arte parecen desfallecer y plegarse al plano de inconsistencia actual, me ha rescatado este

amigo al cual me he acercado no a través de reseñas de su obra, de la “deconstrucción” de su armadura, para lo cual los hay más dotados y dispuestos. He querido acercarme a través de su sombra para alcanzar el *sueño* reparador, el sueño que, como enseñara Freud, siempre guarda un deseo, al menos latente, palpitante, que a veces atisbamos en *phantasia* en el otro, en el reverso de las cosas donde el enigma que somos se disuelve.

Cómo aceptar hablar de este amigo? Ni para alabanza ni en interés de alguna verdad. Los rasgos de su carácter, las formas de su existencia, los episodios de su vida, incluso de acuerdo con la búsqueda de la que se sintió responsable hasta la irresponsabilidad, no pertenecen a nadie. No hay testigos. Los más cercanos no dicen más que lo que les fue cercano, no lo lejano que se afirmó en su proximidad...

Estas líneas, tomadas de las espléndidas palabras dirigidas al amigo desaparecido, George Bataille, por Maurice Blanchot, bajo el título de “La Amistad”, tenía pensado abrieran este acercamiento a la obra y a la vida, que late en todos sus gestos y palabras, de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina. Pero al cambiarles el lugar, al cerrar con el texto de Blanchot esta aproximación, quiero destacar la afectividad que recorre estas líneas que se quisieran acordes con esa afectividad que modula toda la obra en marcha de Urbina, toda su búsqueda de sentido, toda la pulsión artística, filosófica...

El resto es deconstrucción, análisis, crítica e incluso homenajes bien merecidos como este. Pero aquí de lo que se trata es de esa otra cosa que se nos escapa, que palpita en la palabra silenciosa, entre las líneas de un libro, en esa tonalidad de los encuentros, de los recuerdos, en el “tiempo de la vida” que compartimos y en el vínculo con su obrar, con su pensar, con su sentir. Pues para todo lo demás siempre hay un plazo, un momento, una ocasión adecuada. Ahora no, ahora es el instante único de la amistad y del reconocimiento.

